

# 100.000 copias de los diarios robados de Azaña saldrán a la venta en Navidad

Aznar presentará los tres cuadernos íntimos secuestrados por el franquismo

MIGUEL MORA. Madrid La rocambolesca historia de los *Diarios* de Manuel Azaña (1880-1940) está a punto de acabar. Grijalbo Mondadori tiene ya en la imprenta 100.000 ejemplares de los tres cuadernos que el presidente del Gobierno de la II República escribió entre el 22 de

julio de 1932 y el 26 de agosto de 1933. Los diarios fueron robados en 1936 por un diplomático español en Ginebra y han permanecido "secuestrados" —primero por el Gobierno de Franco y después por la familia del dictador— 61 años, según el director de la edición, Gonzalo Pontón. Las 488

páginas estarán en la calle antes de Navidad, serán presentadas por el presidente Aznar y costarán 2.990 pesetas. Los textos, prologados por Santos Juliá, enseñan la prosa brillante, la lengua viperina y la triste e irónica visión de Azaña sobre gentes y sucesos cruciales de ese periodo.

Para Gonzalo Pontón, que hace 20 años editó en Grijalbo los seis diarios conocidos de Azaña con el título *Memorias políticas y de guerra*, es un caso de "justicia poética" que esta misma editorial saque finalmente a la luz unos textos que, augura, "tendrán gran impacto en la conciencia de la gente, porque dan idea del drama de un hombre fuera de época y tiempo".

La publicación, como la historia de los diarios, no ha sido fácil: se retrasó casi un año por las cautelas impuestas por un juez que bloqueó el contrato firmado en febrero entre Grijalbo y la mayoría —el 70%— de los dueños de los derechos. Los legítimos poseedores son las sobrinas carnales de Azaña, Manuela (ya fallecida) y Enriqueta, y los sobrinos nietos Manuel y Antonio Martínez Azaña y María José Navarro Azaña. Finalmente, dice Pontón, el 30% de la propiedad que pidió el bloqueo ha firmado el contrato.

Los polémicos diarios dan idea de la riqueza de la figura de Azaña, de su gran capacidad para describir paisajes y de su sarcasmo para retratar tipos. "Don Niceto, que habla por los codos, no tiene conversación", escribe del presidente Alcalá Zamora, con quien pasa de la cortesía a la acritud: "El arte, la literatura o los viajes no aparecen nunca en sus palabras". Azaña habla también de sí mismo: "Lo que más me gusta es ser motor y despertador de actividades dormidas", dice al citar su deseo de dar a Madrid un gran plan urbanístico.

Pero tan apasionante como el



Manuel Azaña, retratado en su despacho cuando era presidente de la República.

contenido es la peripecia histórica de los cuadernos, que salieron de España en septiembre de 1936, cuando Cipriano Rivas-Cherif, cuñado y amigo de Azaña, los lleva a Ginebra tras ser nombrado cónsul. Dos meses después, el vicecónsul Antonio Espinosa, que intenta lavar su rebelión militar entregando a los nacionales documentos íntimos del enemigo, roba los tres cuadernos. ¿Por qué precisamente esos? Según Santos Juliá, "los roba a bulto: intenta acopiar cosas en pequeñas dosis para no levantar sospechas".

Antes de acabar la guerra, el

periodista Joaquín Arraras publica fragmentos de los textos robados en el *ABC* de Sevilla. Con eso y algún capítulo más, edita las *Memorias íntimas de Azaña* en Ediciones Españolas. La manipulación muestra un Azaña sanguinario. La pista de los diarios se pierde hasta los años 60, cuando el historiador Ricardo de la Cierva se entera de que están en el Servicio Histórico Militar. Quiere verlos, pero le dicen que Franco se los ha llevado.

Caso crónico de obsesión por el enemigo o simple botín de guerra, como ha sugerido Javier Tusell, lo cierto es que cuando éste pide los cuadernos a la familia

Franco —siendo director general de Bellas Artes— la respuesta es "no están". Hasta que, la pasada Navidad, un aparente azar lo descubre todo. Arancha, nieta de Franco, se va a casar, y pide a su madre que le regale unos libros del abuelo. La hija del general encuentra los cuadernos y llama a la ministra Aguirre.

Luego viene el *cadebrón* Aznar —se dijo, y después se desmintió, que el presidente se llevó los cuadernos a Baqueira Beret—, y el depósito —de manos de la ministra— en el Archivo Histórico Nacional. Allí se guardan hoy.